

JOSÉ ANTONIO PIQUERAS, FRANCESC A. MARTÍNEZ,  
ANTONIO LAGUNA Y ANTONIO ALAMINOS  
**EL SECUESTRO DE LA DEMOCRACIA**  
Madrid: Ediciones Akal, 2011

**Agustín García-Ramos**

Universidad de Alicante (Spain)  
agusgarciaamos@gmail.com

Durante casi tres lustros, y con especial énfasis en la última década, una pregunta –cierto es que formulada con algunas variantes– se instaló en los mentideros políticos españoles: ¿Cómo pudo el Partido Popular de la Comunidad Valenciana (PPCV, en adelante) hacerse con el poder en una región mayoritariamente de izquierdas y, sobre todo, cómo había logrado perpetuarse en él, renovando e incluso ampliando una y otra vez sus mayorías absolutas, a pesar de una gestión más que cuestionable y de la proliferación de casos de corrupción en sus filas? *El secuestro de la democracia*, libro escrito por cuatro prestigiosos expertos en historia, comunicación política y sociología procedentes del mundo universitario, trata de dar respuestas a ese aparente sinsentido. Y lo hace, como no podía ser de otra manera dadas las distintas especialidades de sus autores, desde perspectivas diferentes, que sirven para completar una visión global, casi esférica, de lo ocurrido a nivel político a finales del siglo XX y principios del XXI en la Comunidad Valenciana. En última instancia, el estudio pretende –y lo consigue– una doble elevación: por un lado, la de un debate político que de otra manera correría el riesgo de incurrir en burdas simplificaciones y, por otro, la del *caso valenciano* a una perspectiva más amplia en el análisis político de los actuales sistemas democráticos.

El libro arranca con una breve introducción –coescrita por José Antonio Piqueras, catedrático de Historia Contemporánea y especialista en historia de las relaciones sociales y de las actitudes políticas, y Antonio Laguna, profesor de Teoría del Periodismo, historiador de la comunicación y analista de la comuni-

cación política— en la que se trazan las líneas maestras por las que discurrirá el argumentario de la obra. Una de ellas, puede que la principal, pone el foco en la habilidad del PPCV para convertirse, siguiendo la terminología de Sartori (1980), en un *partido hegemónico*, capaz de transformar un sistema político competitivo, con un pluralismo moderado, en uno no competitivo, en el que, bajo formas aparentemente democráticas, se imposibilita *de facto* la condición esencial de toda democracia, que no es otra que la competencia de los partidos en igualdad de condiciones.

Siguen a ese preámbulo cinco capítulos, que conforman el grueso del estudio: los dos primeros, obra del ya mentado Piqueras; el tercero, de Francesc A. Martínez, profesor de periodismo e historiador social y de la comunicación; el cuarto, del también aludido Laguna, y el quinto y último, de Antonio Alaminos, catedrático de Sociología Matemática y especialista en técnicas de investigación, análisis y prospectiva electoral. Aunque cada uno de dichos capítulos parece concebido en origen para abordar un tema más o menos concreto, lo cierto es que, debido a la capilaridad intrínseca de los fenómenos sociales, todos ellos acaban desbordándose en cierta medida e invadiendo terrenos concomitantes. De ahí que, más que de capítulos por separado, parezca pertinente hablar de cinco grandes cuestiones que recorren transversalmente el estudio: la corrupción, el clientelismo, el neopopulismo, el control de los medios de comunicación y los modos de hacer política.

En relación al primero de esos asuntos, es Piqueras quien se ocupa de compilar la amplísima hoja judicial de los populares valencianos. Con todo, más que el inacabable inventario de tropelías cometidas, su interés se centra en averiguar por qué estas no pasaron factura electoral a sus muñidores. Basándose en estudios del Centro de Investigaciones Sociológicas, el autor avanza una primera explicación a la pregunta central del estudio: el aluvión de informaciones sobre corrupción, y el tratamiento de que eran objeto, acabó por aturdir de tal manera al electorado que le incapacitó para discernir entre el ámbito nacional y el comunitario, o entre un partido u otro. De esta forma, las prácticas corruptas adquirirían carta de naturaleza, para acabar siendo vistas como algo inevitable y hasta cierto punto consustancial a la política, a *todas* las formaciones y *todos* los estratos. Tanto llegaría a extenderse ese marco cognitivo que el fenómeno dejó de ser un elemento sustantivo a la hora de valorar la actuación de un político o de un partido.

En este punto, Piqueras, siguiendo a teóricos como Von Klaveren o Jiménez de Parga, hace hincapié en la naturaleza cardinal del problema de la corrupción —o, más bien, en la falta de repudio social hacia esta—, en la medida en que ataca a la raíz misma del sistema democrático. La Comunidad Valenciana, en

la que, durante muchos años, gran parte de los beneficios obtenidos de manera ilícita se destinaron a la financiación en la sombra del PPCV, constituye un caso evidente de alteración de las reglas del juego entre partidos. Y ello en un escenario como el actual, en el que la lógica política se acerca cada vez más a la mercantil, y donde el éxito depende con frecuencia exclusivamente de la capacidad inversora. De esta manera, el PPCV, una vez en el Gobierno, fue creando su particular *Tangentópolis*, una ciudad metafórica en la que el intercambio de dádivas por adjudicaciones dio lugar a una serie de conexiones, un ingente *capital de información* que circulaba con fluidez entre el Gobierno autonómico, la cúpula regional del partido, una corta relación de empresarios y una serie de actores secundarios o locales.

El establecimiento de redes clientelares por parte del PPCV no constituía, como se encarga de recordar el propio Piqueras en el segundo capítulo, un fenómeno nuevo ni ajeno a las sociedades democráticas. Sin embargo, la sintomática vulnerabilidad de ciertos sectores sociales y económicos de la región –vulnerabilidad que otorgaba a los administradores del capital público una capacidad de influencia inusitada– acabaría por dotar a dichas redes de algunos rasgos peculiares. Así, el modelo impuesto por el PPCV se caracterizó, siempre según Piqueras, por métodos sofisticados y suaves, basados en el *do ut des* (“doy para que des”) y en lo que Mauss llamó *done*s, presentes que acaban generando en el receptor una obligación implícita de correspondencia. De esta forma, el clientelismo no solo devino, a decir de Caciagli, en una “cultura política”, sino que cristalizó en lo que Gellner identificó como “un estilo, un clima moral”.

La falta de reprobación hacia la corrupción y el clientelismo rampantes tuvieron mucho que ver con la domesticación y neutralización de la opinión pública. Y es que ambos fenómenos, quizá por su sorprendente integración en el paisaje cotidiano, apenas percutían en la fibra moral de la ciudadanía. Sin duda, semejante laxitud hubiera sido imposible sin la complicidad de muchos medios de comunicación, que sirvieron de altavoz a un discurso neopopulista singularmente efectivo. Precisamente, como señala Martínez en el tercer capítulo, el elemento diferenciador del neopopulismo consiste en el uso partidario y la manipulación de los medios de comunicación y de las encuestas de opinión pública. En ese aspecto, como en tanto otros, el PPCV supo jugar sus bazas para, en muchos casos, convertir al *cuarto poder* en correa de transmisión de su doctrina. Entre esas bazas cabe citar la imposición de la estrategia del *going public* –consistente en la distribución entre los medios de piezas informativas confeccionadas a la mayor gloria del dirigente de turno por los gabinetes de comunicación para su reproducción íntegra, consiguiendo así reducir al pe-

riodista a la mera condición de vocero— la *berlusconización* en la propiedad de los medios, la *espectacularización* en el tratamiento informativo, la confusión deliberada entre actores políticos y mediáticos, la tutela de la actividad informativa durante las campañas electorales o el *establecimiento de la agenda mediática*. Además, con mayor o menor conciencia y respaldo teórico, el PPCV llevó a la práctica otras teorías del ámbito de la comunicación, como la del *Newsmaking* —mediante la cual el periodismo, en lugar de constituirse en espejo de la realidad, la construye—, el Análisis Crítico del Discurso, la Espiral del Silencio o la Teoría de las Diferencias Individuales. Martínez remarca que lo peculiar del caso valenciano estribó en que todos estos elementos se dieran al unísono, cosa que rara vez ocurre en la realidad. En definitiva, se produjo una revalorización palmaria de los llamados *efectos fuertes* de los medios de comunicación sobre las audiencias. Los autores ilustran tales efectos aludiendo a cómo la utilización insidiosa del asunto del agua —una cuestión que, de entrada, no figuraba entre las principales preocupaciones de los valencianos— llegó a adquirir un inusitado protagonismo en los medios de comunicación y fue elevada, con notable éxito, a la categoría de argumento político contra el *enemigo exterior*.

El resultado de todas esas estrategias combinadas no fue otro que unos medios extraordinariamente agresivos y a menudo más preocupados en la ocultación que en informar. Entre sus objetivos no declarados figuraban la elusión de la política en los noticiarios, el fomento del desencantamiento de los públicos respecto a las élites políticas —lo que Martínez llama *cinismo político*—, la concepción simbólica de la cultura como, en expresión tomada de J. B. Thompson, un “patrón de significados” o la construcción de un discurso en el cual se identificara de manera excluyente al PPCV con la Comunidad Valenciana, y al Gobierno de esta como el único ente capaz de defenderla ante cualquier instancia. A fin de reforzar esa triple identificación partido-Gobierno-sociedad se recurrió al viejo pero efectivo ardid de construir un adversario común —la bautizada como *estrategia del chivo expiatorio*—, que, según las circunstancias, podía ser Madrid o Barcelona, pero que, indefectiblemente, se acababa personificando en el archienemigo socialista. En otro eje, la actuación del PPCV en materia informativa se basó, según Martínez, en tres mecanismos cruzados propios del neopopulismo: la simplificación del mensaje; la negación de las líneas de fractura —los famosos *cleavages* definidos por Lipset y Rokkan (1992)— horizontales, como la clase social, y su sustitución por las verticales, básicamente articuladas en la confrontación maniquea entre el *nosotros* y *los demás*; y, por último, la construcción de una identidad política y cultural basada en la pulsación de emociones profundas, en línea con lo que Petty y Cacioppo, en sus estudios de mediados de los años ochenta del siglo pasado, denominaron *via indirecta*.

Ahora bien: bajo todas las cuestiones enumeradas hasta el momento subyace una fundamental: los modos de hacer política del PPCV. A ese respecto, los autores sitúan en el epicentro de la acción gubernativa de este una noción venal de la *res publica*, hasta el punto de que, como señala Piqueras, pareciera que hubieran hecho suyo el viejo adagio acuñado a principios del siglo XIX en EE. UU., *To the victor go the spoils* (“el botín, para el vencedor”), al objeto de justificar el *asalto* a la Administración tras imponerse en las elecciones. En resumidas cuentas, se trataría de un nítido ejemplo de lo que Acemoglu y Robinson (2012) han bautizado como *élites extractivas*.

Capítulo aparte merecen los dos modos de hacer política que más réditos electorales aportaron al PPCV, y de cuyo análisis se ocupa con especial perspicacia Alaminos en la parte final del libro: el *pragmatismo* y el *regionalismo*. Por lo que hace al primero, entre los principales objetivos del PPCV a comienzos de los años noventa del siglo XX figuraban, por una parte, la superación de su enclaustramiento en la derecha conservadora, heredado de los primeros años de la transición, y, por otra, el contrabalanceo del posicionamiento ideológico a la izquierda de la mayoría de los valencianos. De cara a alcanzar tales objetivos, el pragmatismo supuso una línea de fuga providencial, pues le permitió convertirse en lo que Kirchheimer denominó, a mediados de los años sesenta del siglo pasado, un *catch-all party*, o partido “atrapalotodo”, con una vocación claramente transversal. Para ello, el PPCV buscó por todos los medios vaciar de contenido ideológico la política, lo que habría de llevarle a convertirse en el partido *de todos los valencianos*, sin apenas distinciones sociolaborales o socio-demográficas. En ese electorado estable, de amplio espectro ocupacional y demográfico y más focalizado hacia el voto útil y el temático que al ideológico, encontró la formación el caladero de votos que le habría de mantener en el poder durante largo tiempo. Con una sagacidad de la que carecieron sus rivales, los populares valencianos lograron transmitir una imagen de aséptica eficacia, a la vez que ser percibidos por la opinión pública como un partido mucho más de centro de lo que en realidad venía siendo. Sin embargo, como bien apunta Alaminos, ese centro no se hallaba en la mitad de la vara axial de izquierda y derecha, sino más bien *al margen* de ella, en una especie de *no lugar* ideológico. Quedaba así consumado lo que Laguna denomina *desalineamiento político* de gran parte de la sociedad valenciana.

También en la cuestión del regionalismo funcionó esa especie de serendipia que habría de acompañar al PPCV en su relación con el poder. En efecto, años antes de llegar a este, la formación había adolecido de un discurso sobre el territorio y la identidad capaz de conectar con el electorado. Fue la necesidad de pactar con Unión Valenciana (UV, en adelante) para acceder al Gobierno la que le

puso en bandeja la solución a esa indefinición. En el regionalismo no excluyente de UV y su diferenciación radical del nacionalismo de otros partidos encontraría el PPCV una veta que habría de explotar hasta la saciedad en etapas posteriores: la identidad dual, profundamente valenciana y española a la vez, algo que, sin embargo, no entraba en conflicto con la reivindicación y el victimismo ocasionales en función de quién ocupara el poder ejecutivo a nivel nacional. Por si eso fuera poco, el regionalismo tenía la virtud de conectar con el discurso emocional al que de manera tan constante apelaba el partido. Mientras, las formaciones de izquierda perdían respaldo popular al quedarse varadas en un discurso nacionalista ambivalente.

La combinación de ambas estrategias, pragmatismo y regionalismo, resultaría enormemente efectiva en el plano electoral. Los estudios demuestran, a nivel cuantitativo, una importante capacidad de atracción de los votantes indecisos –esos que suelen acabar decantando los resultados en un sentido u otro– por parte del PPCV y, a nivel cualitativo, una justificación del voto en las elecciones autonómicas valencianas más centrada en factores de identidad que en la evaluación de la acción de gobierno. No es de extrañar, pues, que Alaminos cifre el verdadero éxito del partido no tanto en la consecución del poder en 1995 como en su consolidación en convocatorias electorales posteriores.

Al menos una pregunta puede asaltar al (presunto) lector de estas líneas: ¿es este un libro escrito *contra* el PPCV, o *contra* la derecha política autonómica? La respuesta es no. No es una ideología lo que en él se analiza y pone en tela de juicio, sino unas prácticas y unos modos de hacer política que deberían llamar a la reflexión a cualquier ciudadano, independientemente de su modo de pensar:

La reacción contra estas actitudes no es de izquierda o de derecha. Remite a la defensa y el reforzamiento del Estado de derecho. El repudio de la corrupción y el clientelismo se ha convertido en la Comunidad Valenciana en una cuestión clave para el correcto funcionamiento de la democracia. Es la misma noción de ciudadanía lo que está en cuestión (Piqueras, p. 119).

*El secuestro de la democracia* es, pues, un libro escrito *a favor* de la higiene en la vida política. Si se centra en el PPCV no se debe, desde luego, a ninguna inquina especial de los autores, sino al hecho de que el ascenso y consolidación en el poder de dicha formación haya estado trufado de prácticas perversas, que justifican sobradamente su elevación a la condición de caso de estudio en el ámbito de la cultura y la ciencia política.

Discursiva y estilísticamente, quizá la mayor virtud de la obra resida en su armonía, que hace olvidar que se trata de una obra escrita a ocho manos. Por supuesto, como se ha avanzado, muchos de los temas centrales en ella aborda-

dos afloran en distintos puntos de la obra, pero lo hacen desde perspectivas diferentes, lo cual evita toda sensación de repetición. Antes al contrario, cada nueva vuelta de tuerca sobre uno de esos *temas estrella* añade una perspectiva novedosa, que ayuda a complementar la anterior. Si alguna objeción cabe plantear, a nivel formal, es el abandono de la relativa neutralidad imperante en casi todo el estudio en favor, muy puntualmente, de un tono en el que se deslizan algunos juicios de valor, un recurso, voluntario o no, de todo punto innecesario, pues los hechos descritos son lo suficientemente elocuentes de por sí como para tener que cargar las tintas.

Como mínimo, son cuatro las conclusiones que el lector puede extraer de la obra. Primera: no existe una sola causa, sino muchas y entrelazadas, para explicar el ascenso al Gobierno del PPCV y su permanencia en él durante un periodo tan dilatado. Segunda: si ese ascenso se debió mayormente a factores exógenos –el aumento de la participación, la movilización del electorado y el clima político nacional–, la renovación y ampliación de las sucesivas mayorías fue el fruto de una estrategia de conservación del poder que no paró mientes en consideraciones éticas. Tercera: el resultado de tan ambiciosa actitud no fue otro que el que resume perfectamente el título del libro: un sistema, el democrático, hurtado a la ciudadanía, por más que las formas parecieran las habituales de una organización social de este tipo. Cuarta y última: además de la innegable astucia de los dirigentes del PPCV para arrimar el ascua electoral a su sardina partidista, solo la trabazón de una serie de circunstancias excepcionales, tanto desde un punto de vista global –desorientación de la izquierda, crisis de los medios de comunicación, individualismo creciente de la sociedad, cuestionamiento de las instituciones, mercantilización de los procesos electorales...– como regional –alianza con UV, aparente cronificación de la crisis socialista, altas tasas de ocupación combinadas con la elevada vulnerabilidad socioeconómica valenciana, falsa percepción de bienestar...– pudo permitir un no menos excepcional *statu quo*. Por descontado, a veces se hace difícil diferenciar las causas de las consecuencias, pero lo que parece fuera de toda duda es que se trató de un contexto difícilmente repetible.

Cinco años después de ver la luz el libro, el PPCV no se encuentra ya en el gobierno de la Comunidad Valenciana, a pesar de haber vuelto a ser el partido más votado en las últimas elecciones. Algo puede estar cambiando en el panorama político valenciano. Sin embargo, como advierten los autores, la democracia va mucho más allá de la participación en los comicios. El reto de futuro pasaría, pues, por instituir una cultura política, social y cívica dotada de un nervio ético lo suficientemente fuerte como para no permitir un nuevo secuestro de la democracia.

## BIBLIOGRAFÍA

- Acemoglu, D. y Robinson, J. A. (2012). *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Deusto.
- Gangas, P. (2013). *Los partidos políticos*. Universidad de Salamanca, Área de Ciencia Política. Salamanca: USAL.
- Laclau, E. (1985): *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*. Madrid: Siglo XXI.
- Lipset, S. y Rokkan, S. (1992). Estructuras de división, sistemas de partidos y alineamientos electorales. En Albert Batlle i Rubio (Coord.), *Diez textos básicos de Ciencia Política* (pp. 231-273). Barcelona: Ariel.
- Sartori, G. (1980). *Partidos y sistemas de partidos*. Madrid: Alianza Editorial.

**AGUSTÍN GARCÍA-RAMOS** es graduado en Sociología por la UNED y la Universidad de Alicante y Máster Ejecutivo en Community Management y Dirección de Redes Sociales en la Empresa. En el curso 2015-16 disfrutó de una Beca de Colaboración del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte en el Departamento de Sociología II. Actualmente colabora en el proyecto “La participación política como candidatos de los residentes europeos en España”, desarrollado por el Observatorio Europeo de Tendencias Sociales (OBETS).